VI.

El pueblo lloraba.

Cuando los verdugos llevaron aquellos sagrados despojos, las mujeres piadosas recogieron en pequeños lienzos, como el óleo santo, la sangre del mártir.

Dice la tradición, que el *terremoto* sentido en aquellos momentos hizo encrespar las olas agitadas de las lagunas, que crecieron y se hincharon hasta trasponer sus márgenes, y penetraron en el campo del suplicio.

Cuando volvieron á su cauce, la sangre había desaparecido, arrebatada por las corrientes.

¡Cuántas veces al pasar por aquellas márgenes históricas, cuando el sol ha caído en la tumba de su Ocaso y el agua se riza en ondas de púrpura, hemos recordado la leyenda narrada en el hogar por nuestros abuelos!...

Parece que la sombra del héroe vaga por aquellos contornos; y cuando la tormenta se descuelga en mangas inmensas sobre los lagos, se le vé atraversar á la luz de los relámpagos con sus sudarios ensangratendos.

El lugar del suplicio lo pueden reconocer los pelegrinos en el sitio donde se levanta una modesta pirámide, en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec.

## CAPITULO II.

## De cómo lo que está escrito tiene que suceder infaliblemente.

I.

Rota la gran columna del templo de la revolución, los muros se derrumbarían enmedio de la catástrofe más terrible.

La muerte de Morelos fué la señal de la derrota.

Las ciudades todas, los pueblos, las fortalezas, todo cayó en poder de los realístas, y los insurgentes fueron perseguidos, dispersos, asesinados por las tropas vencedoras, hasta refugiarse en pequeños grupos en las montañas.

El ala de la devastación y de la muerte tocaba la sien marchita de la libertad agonizante.

Estrechos son los límites de este libro para narrar los mil y mil episodios que tuvieron lugar en la segunda época de ese gigante levantamiento.

Se llenarían muchas páginas solo con los nombres de la víctimas y la narración histórica de sus hazañas; baste saber que los cadalsos se ensangrentaron como en los días nefandos de la *Restauración*, que la denuncia se puso á la orden del día, que las visitas domiciliarias eran constantes, y que la menor sospecha era una sentencia de muerte

Aquellos días eran más espantosos que los de la conquista



En el fondo de aquel horizonte sangriento cruzado por relámpagos de esterminio, se destacaban tres figuras que la historia no ha podido olvidar.

Iturbide, Concha y Armijo.

Estas tres espadas caían como un rayo sobre las cabezas de los insurgentes, como la del Angel de las venganzas.

El incendio, la muerte, la sangre, el tormento, iban marcando sus huellas en la haz del suelo americano.

Iturbide se distinguía por sus rasgos de barbarie, hacía cavar su propia tumba á los defensores de la libertad, y el monumento de sus glorias podía levantarse con las osamentas de los mártires.

La Divinidad reservaba á ese miserable uno de sus rayos, para reducirle á cenizas en el día de su justicia vengadora.

Parecía que la España recobraba todo su poder antiguo.

Allá en las montañas del Sur, un hombre oscuro, cuya frente se había visto desde las primeras batallas, había recibido el legado de los héroes; á él le estaba confiado el depósito de la revolución.

¡Hidalgo!... ¡Morelos!... ¡Guerrero!... los tres eslabones de aquella cadena que ahogaría al despotismo.

Los hombres-épocas, los tres mitos de la independencia mexicana.

Guerrero había heredado la fé de los caudillos y el valor de sus antepasados: sería la roca donde se estrellarían las olas terribles de aquel mar embravecido.

Sacerdote de la libertad, conservaría encendido el fuego sagrado; aquella antorcha luciría como el fuego del Sinaí, sobre la cuspide de granito de las montañas...

Dios bajaría enmedio de truenos y de relámpagos, á poner en sus manos las *Tablas de la Independencia*...

II.

En uno de los pueblecitos inmediatos á Chilpáncingo, estaba la familia infortunada de don Leonardo Bravo, llorando una víctima más de le barbarie enemiga.

Don Miguel Bravo acababa de morir fusilado, después de habérsele ofrecido el perdón de la vida sín que él lo solicitase.

La noche había caído: era una de esas noches profundamente lóbregas, en que la desgracia parece sacudir sus alas enmedio de las cortinas negras de la atmósfera.

Era una tempestad sorda, sin relámpagos ni truenos; el aire apénas se dejaba sentir, y reinaba un silencio profundo.

En una de las casuchas del pueblo, el cura del lugar platicaba con las señoras, que estaban inquietas en espera de alguna persona.

—He recibido una carta, decía Margarita, la esposa de don Nicolás Bravo, en que me dice que hoy estará con nosostros.

—Me parece increible, respondió Luz.

—Después de tres años de ausencia, es una felicidad inesperada.

—El señor general llegará, no tenga usted duda, dijo el cura; yo he recibido aviso por conducto de los guerrilleros, y ellos no me han engañado jamás.

—¿Y no han perseguido á usted, señor cura?

—Me vigilan constantemente: el padre Matamoros era mi íntimo amigo, y sabidas fueron nuestras relaciones.

—¡Qué muerte tan espantosa!

—Hemos perdido à la mayor parte de nuestros amigos; pero yo espero el día...

—Lo creo muy lejano.

—Dios sabe acercar las horas de su justicia

Luz y María escuchaban atentas las conversación del sacerdote.

En aquel momento entró Vildo, el asistente de Piedra-Santa resplandeciente de alegría.

—Señores, señorita, oigan ustedes: el general acaba de llegar, y mi coronel y todos los amigos... ¡Viva la América!

—¡Viva la América! repitió José de la Luz echando al aire su sombrero.

Margarita, el cura y las jóvenes, salieron corriendo al encuentro de los insurgentes.

El general Bravo lloró al estrechar á su esposa.

Luz estaba temblando delante del coronel Piedra-Santa.

María se acercó á Edmundo, que formaba parte de la caravana.

—No nos conocemos, señora, dijo Fonterravía.

La joven se quedó confusa y con el llanto próximo á desbordarse de sus pupilas.

Los gemelos no osaban levantar la vista; su situación era difícil.

Bravo y su esposa, que sabían los amores de Luz y de María, los dejaron solos.

—Deseara una explicación, dijo Luz.

—No se necesita, señora, respondió Piedra-Santa; durante nuestra ausencia usted ha tenido amores con el capitán Fonterravía.

—No lo conozco caballero.

—Basta, señora; ese es un disimulo criminal.

—¿Qué pasa aquí? dijo Fonterravía: no es esta la señorita de quien yo te he ablado, sino de Luz la hermana de Jacinto.

—Yo he usurpado ese nombre, dijo María: he pasado per hermana del capitán Castaños, para que se me respetase, y la casualidad ha traído esa equivocación; yo, yo soy la que amo á Edmundo: mi nombre es María.

—¿Lo oyes? gritó Luz, y sin poderse contener se arrojó en los brazos de Piedra-Santa.

—¿Luego yo he sido el juguete miserable de una intriga? gritó Fonterravía; esta mujer ha vivido con Jacinto, y...

—Silencio caballero, usted no tiene derecho para hacer suposiciones injuriosas, ese hombre me ha respetado, y yo lo juro por la madre que me dió el ser... madre mía, mírame huérfana y calumniada!

María lloraba amargamente, aquellas lágrimas eran el rocío purísimo de la virtud.

Fonterravía no dudó de las palabras de la jvoen, se acercó á ella, y tomándole una mano le dijo con ternura:

—María, yo te creo; mi corazón me dice que el aliento del cr en no ha pasado sobre tu frente, que tu cariño es santo y que yo debo adorarte como á un ángel.



Los gemelos se estrecharon con efusión.

—¡Dios se ha compadecido de nosotros! Sí, gritó Piedra-Santa, él no ha querido que la sangre se derrame por nuestra misma mano.

El general Bravo se presentó en aquel instante.

—Señor, dijo Fonterravía, hemos seguido la bandera de la Independencia como los primeros, nos hemos batido al lado del general Morelos, y participado de las vicisitudes de la campaña...

—¿Y bien, señor capitan?

—Hoy nos atrevemos á pedir un favor al general.

—Ya escucho, contestó con benevolencia el joven soldado.

—Señor general, estas jóvenes son hijas adoptivas de la familia, y las pedimos en matrimonio.

—Señor, dijo Luz, aguardábamos impacientes este momento.

—No tengo, agregó D. Alfonso, sino recordar al Sr. Bravo la escena de Cuautla, cuando el general Morelos...

A este recuerde los ojos de Piedra-Santa se humedecieron.

Desde luego, dijo Bravo, van ustedes á casarse: señor cura, dispóngase usted á celebrar la ceremonia.

La tristeza que reinaba en la casa, se tornó en una alegría estruendosa, los insurgentes olvidaban sus desdichas, y comenzó la frasca.

Encendiéronse lumbradas delante de todas las chozas, salieron las *jaranitas*, y comenzó el baile en torno de las hogueras.

La gente iba al lado de Bravo, que reconocía á sus antiguos trabajadores de la hacienda.

En medio de aquella bulla sobresalía la voz destemplada de Vildo, que decía cantares de amores á las muchachas.

Fonterravía y Piedra-Santa se sentían enteramente felices, llevaban del brazo á sus novias, y se estregaban á esas conversaciones dulcísimas que son de ordenanza en las horas que preceden al casamiento.

—Las dos luces de nuestro destino, decía Edmundo.

—En poco estuvo que fuesen las de nuestro entierro, contestó D. Alfonso.

—No lo quiero pensar, exclamó Luz, aún me horrorizo.

—No estaba de Dios, dijo María.

—Si no es impertinencia, señorita María, dijo don Alfonso, podrá usted decirme que pasó con el niño aquel...

—Sí, con Juan, el señor Morelos lo envió á los Estados-Unidos.

—¡Pobrecillo!

—¡Viva mi coronel! gritó Vildo cuando vió pasar á las parejas.

Era gracioso ver al valiente suriano con su cara franca y alegre alumbrada por el fuego, mostrando sus dientes blancos y las manchas de su pecho, y arrastrar el machete en cada paso del *jarabe*, y á José de la Luz rascando las cuerdas de su jarana en un son alegre y entusiasta.

Ya en aquellos tiempos había multitud de coplas alusivas á la Independencia, que se cantaban en todo el interior y en el Sur poco antes de la insurrección.

## III.

Entretenidos los del pueblo con la bulla que metían los insurgentes, no notaron que un gallego llamado Mojarra, se había escurrido bonitamente y largado por las montañas.

Anduvo tres leguas, donde encontró un destacamento de los realistas.

—¿Quién vive? gritó un centinela avanzado.

—¿Quién ha de vivir? ¡yo!

—¿Quién vive? repitió el soldado.

—Yo hombre, Rosendo Mojarra, *súdito* de S. M. Fernando VII.

—Adelante...

El gallego se adelantó.

—¿Qué se ofrece, señor Mojarra?

—Friolera, que los insurgentes están en el pueblo.

—¿Salió usted inmediatamente?

—Sí, luego que me consumieron todos los *efetos* de la tienda.

—¿Conque usted les ha vendido á los enemigos del rey?

—*Efetivamente,* respondió, es decir que ellos me compraron el queso y los caldos.

—Ya nos pagará otro tanto.

—*Perfetamente;* pero lo que importa es dar la *instrución* de que Bravo en persona es el mismo que ha llegado.

—Eso es más grave, avisemos al capitán Castaños.

—Que entre ese hombre, dijo Jacinto.

El gallego compareció ante el capitán.

—Diga pronto lo que sepa.

—Pues señor capitán, es el caso, que como á las horas en que ya no había luz se entraron los *galli-coyotes* gritando ¡mueran los gachupines! y como yo soy de esos, le dije á Perico: mientras que yo me escondo, abre la tienda y vende todo lo que pidan.

Perico cumplió con su obligación, y no quedó títere con cabeza; esos malditos llevaban muchas onzas.

—Ya se las quitaremos, observó un oficial.

—Cuentan, principió el gallego, que la señorita Luz, hermana de usted, se casa al amanecer, lo mismo que la doña María que está con la familia de Bravo.

—¿Las dos se casan? preguntó Castaños.

—Las dos; allí está un tornadizo llamado Fonterravía que es el presunto.

—Está bien; ya puede usted largarse.

—Sí, con la música á otra parte.

El gallego se salió á divertir con su conversación á los realistas.

—¿Conque ese hombre ha llegado? exclamaba Jacinto lleno de rabia.

—Yo creía sofocado este amor que ha vivido tantos años en el fondo de mi alma... yo me había arrepentido delante del patíbulo de Bravo... sí, dos hermanos, dos miembros de esa familia aborrecida, han muerto á mis manos... ya era suficiente para mi venganza... hoy vuelve á soplar el huracán de los celos... esa mujer nunca sospechó mi amor, y sin embargo me he sentido muerto por su mano... ¿de quién me vengo, Dios mío?... !ah! sí, del destino... él me ha impulsado á la pendiente del crimen... el rencor hierve en mi seno... amar es aborrecer... anunciar el encono del infierno en los que nos rodean... apurar gota á gota el acibar que destila en el corazón... maldecir á la humanidad... escarnecerla... vilipendiarla... cada vez que pienso en esa mujer me enloquezco... yo me he alejado de ella; pero ella me sigue por doquiera... ¡casada!... ¡casada!... y yo no he muerto todavía...



Jacinto se paseaba como un tigre furioso dentro de su jaula.

—La tengo muy cerca de mí; á un paso... á un paso nada más... quisiera verla... yo sé que después el diablo de la desesperación entrará en mi alma... ¡que importa!... he sufrido tanto, que un dolor más es una gota de agua en el Océano borrascoso de mi alma.

Salió del aposento, montó en su caballo, y como impulsado por el huracán, atravesó las montañas, siguió por el sendero escabroso, y á las pocas horas detuvo su corsel lleno de espuma, en una loma, desde donde se distinguía el pueblo alumbrado por el fuego de las luminarias.

El rumor de la fiesta llegaba hasta su oidos; entre la débil armonía de la música, oía las carcajadas de los bailadores, los gritos de los insurgentes y el clamoreo de los muchachos que saltaban sobre las llamas.

—Allí, allí está ella, murmuraba aquel miserable; es preciso acercarse.

Ató su caballo á un árbol, y arrebujado en su jorongo, descendió al pueblo y se mezcló entre la multitud.

Ya hemos dicho que Jacinto había alimentado en el silencio de su alma una pasión terrible por Margarita aún antes de que esta se enlazase con el general Bravo.

Aquel amor era el sentimiento salvaje del hombre sin educación, que una vez rotas sus esperanzas converge hacia lo desconocido, donde están las groseras pasiones del crimen.

Jacinto había jurado un odio eterno á la familia, y en su demencia vengadora solo ansiaba el exterminio de las personas que tantos cuidados le habían dispensado en los años de su infancia.

Aquella alma extraviada no se detendría en el camino tortuoso del vicio, ni cedería un ápice de sus designios.

Hay seres á quienes arroja la Providencia sobre la tierra como á las plantas venenosas.

Aquel hombre estaba predestinado para un drama sangriento.

## IV.

Los novios estaban impacientes esperando que las jóvenes acabasen su tocado, que era en extremo sencillo, en atención al lugar donde se encontraban y el momento en que se había dispuesto la ceremonia.

El general Bravo y Margarita apadrinarían á los dos insurgentes.

Llegó al fin la hora, las novias aparecieron en la pequeña sala, adornada sencillamente, pero con gusto exquisito.

Entre la gente que se agolpaba á la puerta había un embozado que seguía con torvas miradas á los actores de aquella escena.

Dejose ver al general Bravo trayendo por la mano á Margarita, que estaba resplandeciente de belleza, porque su fisonomía siempre triste había recobrado su hermosura.

El embozado lanzó un grito escapado de las cavidades de su pecho.

Volviéronse los circunstantes hacia el lado donde venía la exclamación.

—¡Es un realista! gritó José de la Luz.

—¡Muera!... ¡muera! gritaron cien voces.

Cuando Fonterravía y Piedra-Santa se echaron fuera de la casa, ya Vildo y José de la Luz llevaban arrastrando al hermano de Luz.

Aseguraron al realista, poniéndole á buen recaudo.

—Mañana, dijo Bravo, veremos quien es ese hombre, por ahora sigamos, y no hay que molestarse.

Verificose la ceremonia religiosa, los cuatro jóvenes oyeron con recojimiento las palabras del sacerdote católico, los preceptos de la Epístola de San Pablo, y recibieron las bendiciones nupciales.

Bravo y Margarita abrazaron á los desposados, la música tocaba dianas y los cohetes poblaban el espacio.

Aquellos jóvenes ignoraban que eran los eslabones de una cadena que iba á quebrantarse en el choque misterioso de su destino.

Soñaban en el porvenir, evocando el mundo de ilusiones por donde tendían su vuelo los ángeles de su inspiración amorosa... sueños dorados, imágenes resplandecientes en el fondo azulado de los cielos, horizontes sin límites, celajes de púrpura sobre la bóveda abrillantada, un sol peremne sobre el arco del firmamento, y Dios en el centro de aquel universo bendiciendo el cáliz perfumado del alma abierta á las ráfagas de un amor, y acariciado por las áuras balsámicas de la esperanza!...

Estos son los horizontes del alma en sus sueños de candor y bienaventuranza.

## V.

Jacinto vió aparecer á aquella mujer á quien tanto había amado, y el infierno de los celos estalló en su corazón; no pudo contenerse, y lanzó aquel grito que lo denunció á los insurgentes.

Conducido á una prisión improvisada, y atado de pies y manos, yacía arrojado en el suelo, rechinando los dientes como un condenado, y azotando su cabeza contra el suelo de su cárcel.

Si el demonio acudiera al llamado de los hombres, seguramente hubiera aparecido entre llamas á la voz del realista.

Pasóse la noche en la desesperación más espantosa, aumentada con la idea de que solo él sufría encadenado y en espera de la muerte, porque en aquella lucha se jugaba la existencia irremisiblemente.

Entretanto el baile de la boda había durado hasta el amanecer, y la población dormía la desvelada.

La música que llegó á la puerta de los desposados, los hizo levantar: ya con un desayuno perfectamente dispuesto bajo unos árboles frondosos, los invitó á continuar en los goces que anuncian siempre los albores de la luna de miel.



El general estaba satisfecho; pero una leve sombra de tristeza oscurecía su frente, al recordar que bien pronto tenía que abandonar á su familia para volver á los azares de la campaña.

Reinaba una alegría encantadora en aquella fiesta íntima.

Los corazones formados para la virtud, converjen hacia el bien en todas circunstancias, asi es que no estrañarán nuestros lectores, ver á la joven desposada levantarse de su asiento, correr al lado del general, rodearle el cuello con sus brazos y decirle con voz dulce y suplicante:

—Señor, hoy es el día de la felicidad, y no debe enturbiarse el cielo de nuestras dichas: en nombre de estas horas que llenarán de recuerdos apacibles y tiernos nuestra existencia, pido el indulto del realista que ha caído anoche en poder de los insurgentes.

—¡Gloria á Dios! dijo enternecido el general; ese hombre está perdonado.

Un aplauso universal respondió á las palabras de Bravo.

Piedra-Santa besó la frente de su esposa con una veneración infinita.

—Yo debo, dijo Luz, ir á romper sus cadenas.

—¡Vamos! ¡vamos! gritaron todos, y en grupo, seguidos de la música, se dirijieron á la cárcel.

Abrióse la puerta con extrépito: Jacinto creyó que le sacaban para el patíbulo.

—Está usted perdonado, dijo Luz acercándose al prisionero.

Luego que aquel hombre se sintió libre de sus ligaduras, se adelantó á la puerta del calabozo que estaba densamente oscuro.

Luz dió un grito, acababa de reconocer á su hermano.

Cuando el capitán Castaños se halló en presencia de todos los seres que aborrecía, comenzó á gritar como un nervioso.

—¡Yo quiero la muerte!... ¡la muerte!... odio el perdón... aqu he venido á morir... quiero que mi sangre sea hollada por todos...

—Jacinto, exclamaba Luz trémula y asustada, cálmate, yo soy, somos nosotros.

—Yo no conozco á nadie... ¡malditos séais todos!...

Aquel loco desgarraba sus vestidos y arañaba su pecho, por donde corría la sangre.

—Ese hombre ha perdido el juicio, dijo el general.

—Bien, gritó Jacinto, me perdonan... yo volveré como el tigre, me empaparé en sangre... ¡malditos sean!... ¡malditos sean!

Aquel desgraciado se echó á correr por las rocas dando de alaridos; detuvose en la última cuesta, hizo señas de amenaza terrible y desapareció, como el génio de las furias, en las quebraduras de las montañas.

Apareció en aquel momento la caballería de los realistas en e sendero.

Bravo y los suyos se dispusieron á morir como buenos.

Jacinto trepó en un caballo, que corría furioso como el caballo del Apocalipsis.

Comenzó el tiroteo de los insurgentes.

Piedra-Santa y Fonterravía querían distinguirse delante de sus esposas, y luchaban con un ardor desconocido.

Empeñados en la escaramuza, Edmundo se revolvió entre los enemigos, que aprovecharon aquel instante y lo hicieron prisionero.

En vano Piedra-Santa intentó disputárselo, los realistas se alejaron á todo correr con su presa.

Las señoras veían el ataque desde la azotea de la casa, y percibieron perfectamente lo que acontecía.

La esposa de Edmundo cayó desmayada en brazos de Margarita.

El general regresó consternado, y al siguiente día salió para la campaña.

## CAPITULO III.

### Siguen las peripecias de la revolución.

I.

La lucha se había ensangrentado de una manera terrible: los realistas querían dar el último golpe al gran movimiento revolucionario, y sus últimos esfuerzos eran rudos como los golpes de la tempestad.

Los insurgentes peleaban con la desesperación de la agonía, y la muerte cernía sus alas sobre la vasta extensión americana.

El general Guerrero era el hombre de aquella angustiosa situación, su existencia era el para-rayo en la tormenta desencadenada.

Perseguido de los suyos por esa fiebre contagiosa de la ambición, se encontró rodeado de un grupo de valientes, decididos á sacrificarse por él, era la lucha gigante de independencia.

El bravo suriano había llegado á las orillas del *Tacachi*, en cuyas aguas apagaron su sed los sudorosos corceles de su tropa.

El enemigo le venía siguiendo la pista muy de cerca.

Un explorador le anunció que los realistas estarían bien pronto sobre su campo.

Guerrero se encaminó al cerro de Papalotla, y tomó posesiones para hacer un último esfuerzo, seguro de ser derrotado; para él era ya una carga pesada la existencia.

Setecientos hombres mandados por Peña, acamparon frente al cerro, es decir, la derrota y la muerte estaban al frente de los surianos.

Retroceder, era imposible; desbandarse, era buscar una muerte segura y anticipada.

Los que se hayan encontrado en esos lances supremos de la vida, saben que el corazón busca por instinto algún augurio, y es que el hombre apela al misterio, cuando la realidad aparece desgarradora ante sus ojos.

Guerrero meditaba sobre el partido pue debía tomar en aquellas circunstancias, cuando se dirijó á él un jovencillo suriano.



—Mi general, vengo á pedir un favor.

El general esperó á que hablase el muchacho.

—Quiero suplicarle á su merced, me regale el *tambor de cobre* que les vamos á quitar á los realistas.

La súplica de aquel niño era tal vez un aviso del cielo.

—Concedido, dijo Guerrero.

El muchacho se fué saltando de júbilo.

Las horas avanzaban, y al amanecer los insurgentes serían atacados irremisiblemente.

Guerrero reunió á sus soldados, y con el acento de la verdad les dijo:

—Tenemos al frente un enemigo poderoso, sus armas no pueden compararse con las nuestras, y su número es superior; no veo en las manos de mis soldados, sino pedazos de madera arrancada á los árboles de la montaña, ¿es esto suficiente?

Todos guardaron un silencio religioso.

Guerrero continuó:

—La fuga es la muerte, la lucha una locura.

Los soldados comprendieron perfectamente todo aquello.

—Nos queda un recurso muy aventurado por cierto; pero el único en circunstancias como esta.

—Morir matando, dijo uno de los oficiales.

—Sí, morir matando... ¿puedo contar como siempre con la decisión de mis soldados?

—¡Como siempre! gritaron los surianos.

—El fuego contra la madera, el fusil contra el palo.

—No importa, volvieron á gritar los insurgentes.

—Entonces, ¡á morir!

Formóse la pequeña espedición armada de garrotes y algunos machetes, y descendieron á las márgenes del Tacachi.

Guerrero fué el primero en lanzarse al agua y atravesar á nado la corriente.

Los soldados lo imitaron con un arrojo desmedido.

Acercáronse al campo de los realistas, que dormían soñando en su próxima victoria, y cayendo sobre ellos como el rayo, comenzó un combate terrible entre las tinieblas.

Desordenóse el ejército realista, y comenzó la dispersión más escandalosa.

Los insurgentes se apoderaron de las armas, y acuchillaron á su sabor al enemigo, que huía en todas direcciones.

El crepúsculo alumbró el campo de batalla sembrado de cadáveres.

La victoria había coronado con sus laureles la frente osada de aquellos aventureros del heroismo.

Cuatrocientos fusiles, un gran número de prisioneros y los bagajes todos de los realistas, formaron el expléndido botin de aquella atrevida jornada.

—¡Mi general, aquí está el tambor! gritava un muchacho mostrando la caja á Guerrero.

—Es tuyo, dijo el general, y abrazó á sus valientes soldados, á sus compañeros de fortuna y de vicisitudes.